

NOTAS PARA UNA TEORIA DE LA LECTURA

CUANDO las urgencias del vivir más nos atosigan, cuando la acuciante actividad del negocio va haciendo casi imposible la gustosa actividad del ocio, cuando el gozo de leer por leer sólo es accesible a los elegidos, ¿por qué no meditar durante unos minutos sobre este difícil ejercicio de la lectura? Más aún: ¿por qué no entrar en esa meditación con resuelta voluntad de teoría, y no con el ánimo elegíaco o ditirámico que el tema, el tiempo y la ocasión parecen pedir hoy de cualquier hombre vocado al oficio de leer? ¿Por qué, en suma, no celebrar la Fiesta del Libro inquiriendo con cierta gravedad qué es la lectura y en qué consiste el acto humano de leer?

EL ACTO DE LEER.

Como en mi linaje profesoral es de rigor, comenzaré preguntándome celosamente lo que el acto de leer sea; y como entre españoles debe ser civil costumbre, recurriré, para obtener primera respuesta, al diccionario que la primera de nuestras Academias compone y edita. Leer es, se nos dice, "pasar la vista por lo escrito o impreso, haciéndose cargo del valor y significación de los caracteres empleados, pronunciándose o no las palabras representadas por estos caracteres". La definición es a la vez demasiado restricta, porque no comprende la lectura de los ciegos, que leen con el tacto, y demasiado vaga, porque no indica el verdadero alcance "del valor y significación" que los caracteres poseen y el lector descubre. Yo diría, más genérica y concisamente, que leer es entender lo que el autor de una expresión escrita quiso decir con ella; o bien, declarando explícitamente en la definición lo que una "expresión escrita" es en sí misma, entender la verdadera significación de los caracteres materiales con que un hombre quiso expresar un contenido de su propio espíritu.

Es, pues, la lectura —al menos, cuando logra su pleno acabamiento— un silencioso coloquio del lector con el autor de lo leído. Este da

figura escrita a una parte de lo que su espíritu contiene, idea, sentimiento, recuerdo o invención; y el lector llega a serlo plenamente cuando, puesto en contacto sensorial con lo escrito, descubre y entiende lo que con ello quiso el autor expresar. Nadie lo ha dicho más sucinta y vigorosamente que Galeno. En el primer libro de su tratado *de usu partium* elogia la excelencia de la mano, el órgano con que el hombre "escribe sus leyes, erige a los dioses altares y estatuas, construye naves, flautas, liras, cinceles y todos los instrumentos de las artes, deja a la posteridad sus comentarios escritos a las especulaciones de los antiguos; y así —añade Galeno—, gracias a las letras y a las manos es hoy posible conversar con Platón, Aristóteles, Hipócrates y otros antiguos". El médico por antonomasia vió claramente que leer no es sino conversar, sostener un mudo coloquio con el autor de lo leído. No con menor claridad lo advirtió nuestro Quevedo, vicioso lector. Recordad, si no, aquellos versos suyos de la Torre de Juan Abad:

*Retirado en la paz de estos desiertos,
con pocos, pero doctos libros juntos,
vivo en conversación con los difuntos
y escucho con los ojos a los muertos.
Si no siempre entendidos, siempre abiertos,
o enmiendan, o secundan mis asuntos,
y en músicos callados contrapuntos
al sueño de la vida hablan despiertos.*

El coloquio lectivo es ante todo recreación, así de la materia leída como del alma lectora. Suelo decir a mis alumnos que la lectura recrea y nos recrea. Todo cuanto un hombre lee es por él personalmente recreado, vuelto a crear. El pensamiento de Aristóteles y la significación humana de Hamlet vuelven a nacer, recreados por el lector, si éste entiende de veras su lectura. Casi todas las grandes invenciones de la Historia, la física de Galileo, la figura de Fausto, la teología de Santo Tomás o el imperio de Napoleón, comenzaron siendo personales recreaciones de otras tantas experiencias lectivas. La ambición, el genio y el esfuerzo, operando de consuno, convirtieron en obra original lo que había empezado siendo osada é íntima respuesta en una "conversación con los difuntos".

Pero el lector, además de recrear, se recrea, se crea a sí mismo de nuevo, vuelve a crear su propio espíritu. Recreación es, en efecto, esa enmienda que de nosotros hace la lectura cuando aquello que se

lee interviene, rectificándonos, en lo que conservamos de nuestra vida anterior: saberes, hábitos intelectuales o estimativos. Recreación hay también, aunque de otro orden, cuando la lectura pertenece a las que de modo más estricto llamamos "recreativas". Siempre que merced a un libro hemos vagado un rato por el campo del ensueño, sea ese campo el quijotesco de Montiel, el proustiano del tiempo perdido o, más modestamente, el policial de Scotland Yard, volvemos a nosotros mismos más jóvenes, más ágiles, mejor dispuestos para la vida que no es sueño; en una palabra, recreados.

Detengamos nuestra atención en esta mudanza recreativa que por obra de la lectura experimenta el lector, y consideremos sus varias especies posibles. ¿Pueden acaso ser confundidos entre sí, desde el punto de vista de su anímica transformación lectiva, el muchacho que lee a Salgari, la madre ante la carta del hijo ausente, el lector de una monografía matemática y el eremita que apacienta sus ojos en las páginas de la *Imitación de Cristo*? Y si, como parece indudable, todos esos lectores piden un discernimiento específico y típico, además del personal que inexorablemente les concierne, ¿cuáles son las especies y los tipos más importantes del acto de leer, concebido *in genere* según lo que antes quedó dicho? Creo que combinando los diversos puntos de vista en que para tal empresa es posible situarse —la materia leída, la intención del que lee y el resultado psicológico del acto de leer—, pueden ser distinguidas en la lectura hasta tres especies cardinales: la lectura diversiva, la convivencial y la perfecta. Examinémoslas por separado.

LA LECTURA DIVERSIVA.

Es lectura diversiva, claro está, la que divierte al que lee, la que saca de sus cauces habituales a las aguas de la vida íntima y las vierte por otros, a la vez nuevos e incitadores. Divertirse es, en último extremo, estrenar un modo de vivir sugestivo y fugaz, poner una imprevista solución de continuidad en los hábitos que por necesidad constituyen el cañamazo de nuestra existencia.

En principio, cualquier lectura puede divertir; todo depende de quién lee y de cuándo se lee. Personas hay a quienes divierten los agobiantes discursos de Marco Tulio *in Verrem* o, trivializando más, las inacabables series toponímicas de la guía de ferrocarriles. ¿Quién no recuerda alguno de los tipos de nuestro más reciente teatro cómi-

co? ¿Y quién puede prever a dónde llegará como lector, si el tedio aprieta y la materia legible escasea? Hay, sin embargo, lecturas formal y materialmente diversivas, capaces, en consecuencia, de divertir a todos los hombres o a muy extensos grupos de ellos. Para nadie será arduo mencionar las más frecuentes: la novela y el cuento, el relato de viajes, la escena o la anécdota regocijantes. Nuestro problema consiste en comprender psicológicamente la esencia de la diversión lectiva y el modo de sus tipos principales.

Si divertirse leyendo es salir de lo habitual y vivir episódicamente lo imprevisto e incitante, esa diversión puede adoptar, a mi juicio, cuatro modos principales: la transmutación imaginaria, el enriquecimiento del espíritu, la afirmación de sí mismo y la depuración de la propia existencia o catarsis.

La lectura puede divertirnos, en efecto, transmutándonos imaginariamente. Ved a un adolescente absorto en su novela de aventuras. Su cuerpo, inmóvil, ha quedado insensible a los estímulos del medio; el ritmo de su pulso refleja las peripecias del relato leído. ¿Y su alma? Su alma, transmutada en la del protagonista, imaginariamente realizada en cada una de las hazañas por él cumplidas, está siendo algo de lo mucho que ese adolescente quisiera ser. Sobre la tierra inmaterial, uránica, en que la pura posibilidad cobra imaginaria consistencia, ¿cuántos millones de muchachos han sido Buffalo Bill, o d'Argtagnan, o un avezado corsario, o el Gabrielillo Araceli de los primeros *Episodios Nacionales*?

Librémonos de creer, sin embargo, que esa transmutación lectiva es cosa de niños y adolescentes. Todo lector por afición sigue siendo un poco adolescente; esto es, un hombre capaz de sumergirse en los lagos de la letra impresa para mudarse, siquiera sea fugaz e imaginativamente, en algo de lo que quisiera ser y no es. Pensad en la lectura de una novela policíaca. ¿Por qué nos divierte de nuestra vida habitual, por qué nos hace olvidar lo que cotidianamente somos? No precisamente porque alumbre una vocación policial secreta en los senos de nuestra alma, sino por algo más trivial y complejo. La novela policíaca pone ante los ojos de nuestro espíritu un problema humano que previamente creemos resoluble. Cuentan que Demócrito prefería saber la causa de un fenómeno natural a ser rey de los persas. Pues bien; lo que la lectura de una novela policíaca remueve y enciende en nosotros es esa humanísima pasión por el conocimiento de las causas. Haciéndonos participar imaginativamente en la indagación

de un bien inventado asesinato —esto es, transmutándonos en ocasionales detectores de motivos y actos humanos— nos aparta por una hora de los pequeños reinos de Persia que constituyen nuestra vida negociosa. Nos divierte, en suma, convirtiéndonos por vía lectiva e imaginaria en campeones de un arriesgado deporte estrictamente intelectual.

Diviértennos otras lecturas, enriqueciendo sugestivamente el haber de nuestro espíritu. La descripción de un cuadro exótico, las escenas de un viaje bien contado, la compendiosa información del reportaje, la anécdota oportuna, traen al espíritu del lector el doble regalo de la realidad a que se refieren y de la palabra con que la expresan. En la misma línea hay que poner nuestra fruición ante la naturaleza y la vida humana que el novelista y el poeta descriptivo fingen. Como el narrador de la realidad, uno y otro nos divierten de la existencia cotidiana enriqueciendo nuestra total existencia con el tesoro de una serie de experiencias y saberes nuevos. De los españoles que acudieron a la conquista de América dijo el honrado Bernal Díaz del Castillo: “Todo lo trascendemos e queremos saber”; pero esto puede decirse, en una u otra medida, de cualquier hombre, y así lo hizo Aristóteles con las famosas palabras que dan comienzo al primer libro de su *Metafísica*: “Todos los hombres tienen por naturaleza el deseo de saber.” La frecuente entrega a las lecturas que nos divierten, haciéndonos más ricos en experiencia, es una prueba más de esa ingénita curiosidad de la naturaleza humana. Otra sentencia de Aristóteles, perpetuada por la filosofía de la Escuela, enseña que el alma es, por obra de su actividad cognoscitiva, *quodammodo omnia*, “en cierto modo todas las cosas”. Tal vez fuera mejor decir que el alma humana quiere ser, a su modo, todas las cosas. El hombre es curioso porque pretende “vivirlo todo”; y esa natural tendencia posee como supuesto una incontenible aspiración metafísica a “serlo todo”. Por eso pudo escribir Quevedo que los libros hablan despiertos “al sueño de la vida”. La pretensión de “serlo todo”, el ansia de integridad e infinitud, ¿no es, por ventura, el más secreto y esencial sueño de la vida humana? ¿Y no es esa la raíz última de la agrídulce diversión que nos deparan el *Rinconete*, Molière, Dickens y los *Esperpentos*?

Vengamos ahora a las lecturas que nos divierten en cuanto afirman nuestro propio ser. El modo más directo de tal autoafirmación lectiva —soez, a veces, de puro directo— es el halago que ciertos escri-

tos traen a nuestra propia y personal entidad humana. Todo hombre letrado, y aun poco letrado, puede buscar diversión leyendo textos que le halagan como tal hombre—a la desmedida complacencia en este halago es a lo que llaman los teólogos *superbia vitae*—, o le lisonjean como miembro de una profesión, o como ciudadano de un país, o como individuo perteneciente a tal raza o sexo. Recuérdese, a título de ejemplo, cualquiera de los “Elogios” que en tan larga serie llevan escritos y leídos los hombres.

Hay, sin embargo, otra forma más sutil y directa de la autoafirmación lectiva, y es la lectura de cuanto nos mueve a ironía y risa. Si alguien ríe leyendo, es porque lo leído le ha afirmado gozosa y un poco desalmadamente en su propio ser, a expensas de los seres a que la descripción o la ficción del escrito se refieren. La tesis de Bergson acerca de lo cómico —la risa como efecto de contemplar una fugaz victoria de lo material y mecánico sobre lo espiritual y vivo— ha ganado extenso y merecido prestigio. Pocos recuerdan, no obstante, la obligada consecuencia ética de este sugestivo pensamiento bergsoniano. “La risa —escribe Bergson al término de su ensayo— no puede ser absolutamente justa... Su misión es intimidar humillando; y no la cumpliría si la Naturaleza, previendo este efecto, no hubiese dejado hasta en el mejor de los hombres un pequeño fondo de maldad, o cuando menos de malicia... El que ríe se mete en sí mismo y afirma más o menos orgullosamente su propio yo, considerando al prójimo como un fante cuyos hilos tiene en su mano...” Mas no siempre es así: lo que la risa expresa es, en último extremo, una complacida autoafirmación del reidor, referida unas veces a lo noble y otras a lo mezquino de su personal entidad. Por eso las lecturas que nos excitan a reír —y, en general, todos los géneros literarios hilarantes— pueden ser ejemplares y crueles, ennoblecedoras o zafias, según la fibra anímica que en nosotros ría.

Quedan, por fin, las lecturas que nos divierten depurando de escorias nuestro propio ser; o como desde los griegos suele decirse, promoviendo en nosotros una catarsis. ¿No hay acaso personas que sólo por divertirse de su propia monotonía, y no por afán de perfección espiritual, se entregan a leer lo que entristece? Un lector del siglo XVIII —y, como él, tantos sentimentales prerrománticos y románticos— escribía a un amigo, tras la orgía lacrimosa que le había depurado la novela *Sir Charles Grandison*, de Richardson: “... y hoy, entre las siete y las diez de la mañana del tres de abril, ¡día bendito!,

he llorado; colmé de lágrimas mi libro, mi pupitre, mi rostro, mi pañuelo; he sollozado con infinita alegría..." Indudablemente, también el llanto divierte, también la lectura flébil puede ser lectura diversiva. Todo cuanto se ha dicho acerca de la acción catártica de la tragedia, desde que el Estagirita la afirmó, puede ser aplicado, *mutatis mutandis*, a esta catarsis diversiva que las lecturas aflictivas promueven en nosotros.

En resumen: nos divierte la lectura porque nos transmuta, nos enriquece, nos afirma o nos depura; porque hace de nosotros, siquiera sea fugaz e imaginativamente, todo cuanto queremos ser —esto es: todo—, o porque nos remite con invisible instancia a nuestra propia entidad personal. Más concisamente: porque nos omnifica o porque nos autentifica. Pero esto, ¿no es el término secreto de toda lectura cabal y aun de todo acto humano?

LA LECTURA CONVIVENCIAL.

Diré aquí lo que de la lectura diversiva dije: que, en principio, toda lectura puede ser y aun debe ser convivencial. Si leer es entrar en coloquio con el autor de lo leído acerca de lo que con ello quiso decir, es evidente que todo lector se ve, sépalo o no, en el trance de ejercitar un acto de convivencia, aunque éste sea tan tenue y remoto como el que permite la prosa impersonal de un libro de ciencia. Hay, sin embargo, lecturas inmediata y formalmente convivenciales, textos escritos frente a los cuales el objeto propio del lector es la convivencia personal con la huella de un hombre determinado y concreto; o, como suele decirse, con un "tú". Tales lecturas pueden pertenecer a uno de estos tres tipos principales: la carta, la autobiografía y la biografía.

Quiero ceñir ahora mi atención al problema de la autobiografía y su lectura. Viejo tema, el del interés histórico y psicológico de las autobiografías. "No sería cosa difícil —escribía en 1789 Edward Gibbon, el gran historiador inglés— componer una larga lista de autores antiguos y modernos que en distintas formas han dibujado su retrato. Tales autodescripciones son con frecuencia las partes más interesantes de su producción escrita, y a veces las únicas interesantes; y si somos sinceros, apenas podremos deplorar su prolijidad o su tendencia hacia el detalle." Así hasta Georg Misch, autor de una incompleta y prestigiosa *Geschichte der Autobiographie*, pasando, como es

obvio, por Guillermo Dilthey, a quien se debe la resuelta valoración del género autobiográfico como documento central de la antropología filosófica.

Le reflexión científica sobre los testimonios autobiográficos ha sido hecha hasta ahora —Dilthey, Misch— desde el punto de vista de la situación histórica en que vivió el autor del relato estudiado. Mas también cabe hacerla, pienso, desde un punto de vista más genéricamente humano, a saber, la situación personal de ese autor frente a la empresa de exponer literariamente su propia vida. Lo que el considerador se propone ahora es conocer la intención última con que la autobiografía fué escrita; o, con otras palabras, averiguar en qué lector pensó el biógrafo de sí mismo al escribir su siempre asombrosa narración.

Siempre asombrosa narración. ¿No es para asombrarse, en efecto, eso de que un hombre tome la pluma y cuente a los demás la trama visible y hasta la invisible intimidad de su propia vida? ¿Qué pudo moverle a tan peregrina empresa? Ya he dicho que esta pregunta puede ser contestada respondiendo a otra, directamente conexas con ella: ¿A quién cuenta el hombre su vida cuando en verdad quiere contarla? Creo que son posibles tres respuestas, correspondientes a los tres grandes órdenes de la realidad personal: Dios, uno mismo y los demás hombres. Nacen así otras tantas especies del género autobiográfico: las “confesiones”, los “diarios íntimos” y las “memorias”.

Objetarán algunos, frente a esa concepción de las “confesiones”, que si un hombre escribe los recuerdos de sí mismo para que alguien los lea, es a los hombres, a los demás hombres —o acaso a un particular grupo de ellos—, a quienes inmediatamente destina su narración. Pero, hablando a los hombres, el narrador de su propia vida puede dirigirse en última instancia al Dios personal en que cree, un Dios oidor y juzgador de cuanto los humanos hacen, piensan y quieren. Es el caso de San Agustín: “Es a tu misericordia, y no al hombre, mi burlador, a quien hablo”, dice expresamente a Dios (*Conf.*, I, 6, 7). Y añade en otro lugar, con fuerza todavía mayor: “¿Qué tengo yo que ver con los hombres, para que oigan mis confesiones, como si ellos fueran a sanar todas mis enfermedades? Curioso linaje el humano para averiguar vidas ajenas, mas desidioso para corregir la suya. ¿Por qué quieren oír de mí quién soy, ellos que no quieren oír de Ti quiénes son? ¿Y de dónde saben, cuando me oyen hablar de mí mismo, si les digo verdad, siendo así que ninguno de los hombres sabe lo

que pasa en el hombre, si no es el espíritu del hombre que existe en él?" (*Conf.*, X, 3, 3.) Graves y decisivas son estas palabras de San Agustín —y de San Pablo (I *Cor.*, II, 11)— para una teoría del conocimiento del prójimo. Vengamos, empero, a lo nuestro. Agustín "confiesa" su vida a Dios, y mediante la confesión y la alabanza trata de "justificarse" ante El. Cuando es esa la intención del escritor, los demás hombres son "testigos" de la confesión, la cual, en consecuencia, va dirigida a sus posibles lectores con un designio rigurosamente adoctrinador y edificante. Así es el que mueve a San Agustín a declarar su vida, no sólo ante Dios, sino también "en los oídos de los creyentes hijos de los hombres" (*Ib.*, X, 6). De ahí que las confesiones no puedan ser cínicas, aunque a veces lleguen a ser terriblemente sinceras.

En el "diario íntimo", un hombre, cavilosamente instalado en su propia soledad, se cuenta su vida a sí mismo. Cuando esa intención es limpiamente cumplida, sólo un azar permitirá a los demás hombres el conocimiento de tan íntima y personal autonarración. Otras veces, en cambio, se asocia al empeño un adarme de pasión literaria: es el caso de los diarios íntimos escritos por su autor con el secreto propósito de que un descendiente, un amigo o un erudito los publique algún día. La constitutiva necesidad de autovisión y autointerpretación que late en el fondo de la existencia humana —otro ingente problema antropológico que debo soslayar, después de avistarlo— es el supuesto y el móvil de esta segunda especie del género autobiográfico.

En las "memorias", tercera de tales especies, un hombre cuenta a otros hombres su propia vida. Todos aquellos a quienes su condición de lectores convierta en "prójimos" del autor, constituyen ahora el sujeto a que éste se dirige. Pero, ¿con qué intención les habla? ¿Qué puede esperar, qué espera de ellos? Creo que dos cosas: justificación y granjería.

En cuanto hacedor de su propia vida, el hombre es responsable de ella y necesita justificar la gestión que de su albedrío y sus talentos ha ido haciendo. Cuando cree en un Dios personal, justificase mediante una confesión. Cuando su creencia en el Dios personal duerme o ha muerto, trata de justificarse contando su vida a los demás hombres, y aun mejor a la Humanidad, equivalente secularizado de Dios. El énfasis retórico del siglo XIX supo dar una precisa expresión a esta actitud humana y habló de la responsabilidad del hombre ante "el tribunal de la Historia". *Weltgeschichte, Weltgericht*, "la

historia del mundo es el tribunal del mundo”, habían escrito los románticos alemanes. Mas no es sólo justificación histórica lo que el autor de unas “memorias” busca en sus posibles lectores. Busca también granjería de fama y de lucro; “honra y provecho”, como dice un postulado de nuestro pueblo. Sobre todo, fama. La sed de justificación y la avidez de fama son los dos grandes motores de esa confesión pública secularizada que solemos llamar “memorias”.

De ahí, en fin, el contenido de esta tercera especie de la autobiografía. El escritor de “memorias” no cuenta a sus lectores toda su vida: ni esto es posible—impídelo una estricta imposibilidad metafísica—, ni él lo quiere. Debe escoger y quiere escoger; y ante ese doble imperativo, él escoge los fragmentos de su propio vivir más adecuados a su necesidad de justificación y a la imagen que de sí mismo quiere entregar a la fama. Las “memorias” de un hombre exponen, ante todo, la porción de su personal utopía a que ha conseguido dar realidad, lo que él ha conseguido ser y hacer entre todo lo que más entrañablemente quiso para su definitiva entidad y para el curso efectivo de su propia vida.

LA LECTURA PERFECTIVA.

Recapitulemos lo expuesto. Comenzamos distinguiendo los actos lectivos en que el hombre busca su diversión, aun cuando luego encuentre, sin proponérselo, la omnificación y la autentificación de su propio ser. Vimos luego otros—emprendidos tal vez con un propósito de divertimento—cuyo objeto inmediato es la convivencia con un “tú” o, si se quiere, la experiencia personal de una existencia humana particular. Pues bien; junto a esos modos de leer conviene distinguir otro, en el cual es inmediatamente buscada por el lector su propia perfección. Trátase de la lectura perfecta.

Conviene indicar que la especificación de este modo de la lectura es siempre problemática. En rigor, todo acto humano resulta perfecto o defectivo para quien lo ejecuta, y la lectura no constituye excepción a la regla. La diversión y la convivencia lectivas, la simple entrega de los ojos y la mente a un relato de aventuras o a una narración autobiográfica, acaban siendo fuente de perfección u ocasión de envilecimiento, según la índole del texto leído y la intención con que la lectura fué cumplida. Más perfecto llega a ser el mozo lector

después de haberse convertido imaginativamente en Amadís, en Pasteur o en San Francisco de Asís, y el que ha llegado a compadecer en su intimidad la noble desventura de Antígona.

Pero ello no es óbice para la existencia de lecturas formalmente perfectivas: son aquellas que emprendemos, no para divertirnos de nuestro vivir cotidiano derramándonos por cauces apenas sospechados, ni para convivir durante unas horas con un "tú" extraño y sugestivo, sino con la deliberada intención de hacer mejor y más acabado nuestro propio ser. El hombre, escultor de su existencia, puede usar y usa de hecho la lectura para ir acercándose más y más al proyecto que tiene de sí mismo; para ir siendo una persona cada vez más acabada y conclusa, más "perfecta", en el sentido etimológico de esta palabra. Que tal perfección resulte en todo momento vulnerable, y que haya de quedar siempre a la mitad del camino, ese es el drama y el incentivo de la existencia humana.

He dicho, bajo la sugestión semiconsciente de un epígrafe de Ganivet, que el hombre es el escultor de su propia existencia. Tal vez fuese mejor llamarle arquitecto de ella. A lo largo de su vida va edificándose cada hombre a sí mismo, merced a una serie de proyectos y acciones personales; y, sabiéndolo o no, se edifica refiriéndose a algo que no es él, que le trasciende, le ordena y otorga a su realidad un último sentido. De ahí la existencia de dos modos de la perfección humana: la que se endereza a la formación o edificación de la propia entidad, desde el punto de vista de su contenido en acciones, obras y hábitos (perfección *ad intra* o de autoedificación; perfección edificativa), y la que depende del modo como el hombre va orientando su existencia respecto a lo que otorga a ésta su último sentido (perfección *ad extra* o de autoofrecimiento; perfección oblativa). Lo cual quiere decir que ciertas lecturas nos perfeccionan en cuanto nos edifican, y otras en cuanto nos mueven a ofrecernos; aquéllas añaden elementos nuevos y valiosos a nuestra existencia: un saber, un sentimiento, un hábito espiritual; éstas nos excitan o nos enseñan a referir la existencia entera al centro que le otorga su más plenario y radical sentido. Digámoslo con letra de Quevedo: ayudan a mi perfección edificativa los libros que

o enmiendan, o secundan mis asuntos;

y favorecen mi perfección oblativa aquellos otros que, rectamente,

al sueño de la vida hablan despiertos;

es decir, los que avivan y precisan esa secreta llamada que incita a la vida humana a trascenderse a sí misma.

Tres son las vías principales de la autoedificación lectiva: el saber, la belleza y el amor. Las lecturas que incrementan, esclarecen y profundizan nuestro saber nos perfeccionan acercándonos más y más a la posibilidad de dar plena razón intelectual de nuestro propio ser y de la realidad en general; altísima verdad, apenas perceptible por nosotros cuando, adolescentes o mozos, nos debatimos con las páginas que enseñan la composición química de las rocas, la textura del esfenoides, los monarcas del Medioevo y los modos del silogismo. Los libros en que por perfección y no por diversión buscamos la belleza enriquecen nuestro espíritu, mostrándonos, siquiera sea parcial y refractadamente, el gozoso brillo de la plenitud del ser. Recordad el suave y luminoso contento que pone en el alma de *Oda a Salinas*, o la fruición de colmar los ojos con la riqueza sutil y fabulosa de ciertos párrafos de Valle-Inclán. La vida del lector consiste, por un momento, en vivir contemplativamente la belleza. Momento solemne, cuasidivino, este en que el hombre, ser imperfecto, adquiere noticia fragmentaria, pero intuitiva, de la perfección del ser. La muda sonoridad de la palabra escrita es ahora tenue, casi diáfano indumento del brillo que por sí misma irradia la perfección de las cosas ya próximas a ser perfectas; y a ese brillo no más que entrevisible con nuestros ojos terrenales, es a lo que con nuestra lengua de hombres llamamos "belleza". Edifican nuestra existencia y la perfeccionan *ad intra*, en fin, las lecturas que nos enseñan a amar las cosas y los hombres. Pienso ahora en la primera parte de la *Introducción del Símbolo de la Fe*, en la *Vida de San Francisco*, de Tomás de Celano, y en la mirada de Cervantes frente al mundo sensible; esa mirada limpia y amorosa, hasta cuando es más desengañada e irónica. ¿Acaso no es posible leer con voluntad de perfección, y no sólo por divertimento, las páginas de Cervantes, o las de Shakespeare, paradigmas literarios del amor de los hombres a la realidad creada?

Mas también hay lecturas que nos perfeccionan, no por su aportación al contenido de nuestra existencia, sino por la ayuda que prestan en la faena de orientarla; no porque enriquezcan el sollado, sino porque señalan la derrota de la nave hacia el puerto. Son las lecturas religiosas, en el más amplio y hondo sentido de esta palabra. Puesto que el ser del hombre se halla constitutivamente religado (Zubiri), su existencia está siempre conversiva o aversivamente referida al fun-

damento metafísico de la religación, según un determinado modo de entender humanamente ese fundamento. La soberbia —que los griegos llamaban con mucho tino *authádeia*, presunción de autosuficiencia— es la expresión suprema de la referencia aversiva; la oblación, a su vez, es el modo cardinal de la referencia conversiva y la forma operante y eficaz de la verdadera humildad. Hombre de veras humilde es el que en todo momento está dispuesto a decir, frente a la suma realidad que le fundamenta y religa, un *ecce vita mea*.

Modos humanos de entender la religación hay tantos como religiones; y a cada religión corresponde una peculiar actitud espiritual ante el empeño de buscar lectivamente esa perfección que vengo llamando oblativa. Ninguna, sin embargo, tan fecunda en lecturas de perfección como el Cristianismo, desde que San Mateo compuso el primer Evangelio. ¿Es acaso un azar que San Juan llame *Lógos, Verbum*, a la persona de la Santísima Trinidad que se hizo carne y proclamó con palabras el Reino de Dios? Quien así lo piense, lea la cuestión *Utrum Verbum in divinis sit nomen personale*, en la *Summa Theologica* de Santo Tomás (I q. 34 a. 1); y quien dude acerca de la relación entre la palabra humana y el Verbo divino, recuerde el hermoso dicho de San Bernardo: *Verbo geniti, verbum habent*, y trate de comprender todo su rico sentido teológico, metafísico, antropológico y poético.

Basta sin duda lo expuesto para demostrar con argumentos de máxima autoridad lo que por hábito y tradición todos sabemos: que la religiosidad cristiana exige por modo constitutivo la palabra —*fides ex auditu*, dijo San Pablo— y que, en consecuencia, la lectura es parte principalísima en el empeño de aprender el sentido y las diversas formas de la perfección oblativa que al Cristianismo corresponde. El propio San Pablo nos da en su primera carta a los de Corinto la clave más secreta de esa perfección: acomodarse a lo espiritual con lo espiritual, ser en todo momento *spiritualibus spiritualia compariantes* (I Cor. II, 13).

LEER Y SER.

Volvamos al comienzo de esta pobre reflexión. Indicaba entonces que leer es entender lo que el autor de una expresión escrita quiso decir con ella. El autor de lo leído puede decir mil y mil cosas distintas, pero desde el punto de vista de lo que el lector busca, tan opu-

lenta diversidad queda suficientemente acotada por tres precisos epígrafes: diversión, convivencia y perfección. Leyendo, el hombre trata de ser distinto de lo que habitualmente es; de ser prójimo y confidente de otro hombre, para él desconocido hasta aquel instante; de ser más y mejor que antes de su lectura. Trata, pues, el lector, aunque no lo sepa muy clara y distintamente, de ser todo lo que él podría ser, siendo, cada vez más perfecta y acabadamente, él mismo. La omnificación y la autentificación de la propia entidad, indirectamente halladas (lectura diversiva) o directamente buscadas (lectura perfecta), constituyen la meta última de todo el que pone un libro ante sus ojos.

¿Cómo es posible ese maravilloso crecimiento ontológico? ¿Por qué la lectura puede ofrecer al hombre tan sutil y espléndida granjería? Sólo una respuesta es posible: porque la lectura es el acto por cuya virtud entramos en comercio visual con la palabra; y la palabra es —la frase procede de Martín Heidegger— la morada humana del ser. Si desde un punto de vista psicológico leer es entender lo que el autor de una expresión escrita quiso decir con ella, desde un punto de vista ontológico es penetrar en compañía dentro del recinto humano del ser. Escribió Rilke a uno de sus amigos: "... nuestra tarea es acuñar en nosotros esta tierra provisional y percedera, y hacerlo tan profunda, dolorida y apasionadamente, que su esencia resucite en nosotros por modo invisible. Somos las abejas de lo invisible. Apresamos locamente la miel de lo que se ve, para acumularla en la gran colmena áurea de lo que no se ve." No contrariaría mucho a Rilke oír, como remate de su hermosa metáfora, que la palabra es la celdilla elemental de esa colmena dorada e invisible.

He aquí al lector convertido en artífice de la misteriosa colmena que la humanidad —sabiéndolo unas veces, sin saberlo otras— va ofreciendo, con su historia, a Dios. Cuando tanta urgencia nos asalta, cuando la densa trama de nuestros negocios va ahogando implacablemente todo posible ocio y, por tanto, toda ocasión de leer con sosiego, ¿lograremos seguir teniendo alguna parte en ese ingente quehacer universal? ¿Podremos hacer algo para continuar leyendo unas páginas cada día? Tal vez yerre con ello; pero creo que dejando en el aire esas dos interrogaciones es como mejor puedo celebrar yo, en mi nombre y en el vuestro, la Fiesta del Libro de este año.